

El pueblo indio:

demócrata por naturaleza

Dawa Norbu

Muchos amigos occidentales solían preguntarme, aunque ahora ya no tanto: “¿Por qué sigues aquí, con tanto calor y tanto polvo?”. Nunca cesaban de preguntarse por qué alguien con un doctorado de una de las más prestigiadas universidades de Estados Unidos y con varias publicaciones internacionales en su haber, no podía encontrar una colocación más cómoda en Occidente.

A algunos de los más íntimos, solía responderles con una carcajada sincera: “Estoy enamorado del pueblo de la India”; lo cual requería una explicación, pues creían que estaba idealizando el término “pueblo”, con su fuerte connotación política, al igual que hicieron el Che Guevara, Mao Zedong y muchos otros líderes políticos del siglo xx. Pero a lo que me refiero cuando hablo de “pueblo indio” es a la gente común con un pasado rural o, más bien, a los propios campesinos, que, me parece, poseen cualidades inherentes e irresistibles que me atraen hacia lo indio y me hacen sentir aquí como en casa. Los encuentros fugaces de poca importancia no ejercen el mismo efecto, pero una vez que se conoce a las personas se acaba por apreciar sus cualidades interiores y por enamorarse de ellas. Así fue, al menos, como llegué a querer mucho a los indios del campo. Permítanme comenzar con algunas anécdotas tomadas de mi experiencia personal.

Un día, esperaba con un colega en la parada de autobuses del río Godavari [la ruta número 615](#) para ir al Centro Internacional de la India. Buscando en los bolsillos de mi *kurta*, me di cuenta de que no llevaba mi monedero. Me volví ha-

Traducción del inglés: Mario A. Zamudio Vega.

cia mi acompañante, pero me dijo que sólo tenía cambio para su propio pasaje. Corrí hacia la *panwala*,¹ y de buen grado me prestó diez rupias. Eso fue mucho antes de que llegara a conocer a Sunder Singh Gosaine, el *panwala*.

Cuando quiero descansar y charlar con la “gente”, me paseo por el centro comercial de la universidad, donde puedo encontrar a estudiantes y charlar en el Salón de Té de Choudhary. Éste siempre muestra su buena disposición con su generosa frase “*koi baat nai hai*” (“no importa”) cuando olvido llevar mi monedero. No recuerdo haber oído esa generosa y confiada expresión en ningún otro lugar del mundo.

Paso una gran parte de mi tiempo en la Biblioteca Central, donde, con los años, he llegado a conocer muy bien a los hombres del lugar, como a Prem Singh Rawat, Tara Chand, Sudarsham Ram y otros más. Lo sorprendente es que van más allá de su vocación profesional. Ante todo, se hacen amigos de uno y, al hacerlo, humanizan la academia. No sólo me ayudan a encontrar libros y periódicos, también comparten su té y su *khaini*² conmigo. Agregan una dimensión humana a mi trabajo en la biblioteca. ¿Dónde más puede uno encontrar tales “servicios bibliotecológicos”?

Si se piensa que se trata de incidentes de una amistad desarrollada en un plano muy íntimo y localizado, se podría uno llevar una sorpresa. En el verano de 1985, buscando respirar un poco de aire fresco, bajé del tren que me llevaba a Delhi en una estación de algún sitio del estado de Bihar. El tren comenzó a avanzar y lo perdí, quedándome sin un céntimo. Durante los cinco días siguientes anduve deambulando sin rumbo fijo entre los pueblos de Bihar y Bengala. Pude observar a la familia pueblerina, las relaciones entre los sexos, las relaciones de los niños con sus abuelos. Fue en esa época cuando creí haber descubierto el alma de la India. La observación que me hizo una familia pueblerina fue característica: “Primero coma algo y después le mostraremos el camino”. Me sentí conmovido por su delicadeza, que es característica de esta raza (excepto en las disputas por la propiedad), por su cariñosa generosidad, aun cuando son pobres, por su excepcional comprensión de la condición humana,

¹ Vendedora de “*paan*”, un tipo de hoja comestible.

² Una variedad de tabaco comestible, particularmente popular en las aldeas.

que haría sonrojarse a filósofos profesionales, y por su simplicidad, paciencia infinita y gran sentido común, capaz de hacer burla de los ciudadanos, deleitados en juegos de pérdidas y ganancias.

Y realmente a diferencia de los ciudadanos, los pueblerinos indios me parecen muy naturales en su disposición y moderados en su comportamiento. Se muestran confiados en su universo y no existe deformación en su carácter. Son naturales y encantadores, pero no de una manera simplista, porque son poseedores de una gran civilización. No vacilan en darle a uno la bienvenida en sus pórticos y pueblos. Al menos, yo no sentí ninguna barrera que nos separara, porque no se referían a mí como “el otro”. Sus valores interiores me parecen tan atractivos e irresistibles que me recuerdan mi primera infancia en el Tíbet; son la encarnación de las enseñanzas fundamentales de Buda. El pasado budista de la India no está en los santuarios ni en las reliquias; se encuentra vivo en los pueblos. Eso lo confirman mis experiencias con los *gadhis*, en Dharamsala (Himachal Pradesh), con los aldeanos de Yadav, en Bodhgaya (Bihar), y con los *paharis* y los campesinos de los alrededores de Puruwala (Himachal Pradesh). Mi fascinación por los campesinos indios se debe a su carácter moral, tan delicadamente cincelado por la gran tradición en la que están insertos, y su comportamiento encantador, moldeado por la estructura social rural.

Debido a que mis encuentros y experiencias con los campesinos han sido abrumadores, a menudo me he preguntado sobre las raíces de una cultura que tan bellamente ha moldeado su carácter. Dado que poseo una orientación intelectual, me veo llevado a especular acerca de la “pequeña tradición” del hinduismo, en la que los campesinos se insertan con facilidad y gracia, sin trazo alguno de deformación. Su hinduismo parece ser más una ordenada manera de vida que un dogma de templo, más una civilización que una religión. Por eso parecen tan humanos, tan atractivos y naturales en su buen temperamento. La descripción de su universo no está tan alejada en *The Village Remembered (La aldea recordada)* de la semblanza que hace M. N. Srinivas.

Lo anterior no quiere decir que no compartan el punto de vista filosófico básico y la orientación espiritual de la gran tradición hindú a la que pertenecen; antes bien, la intención es sugerir que, a través de los siglos, esos altos principios han calado tan profundamente en su ser que el hinduismo es para

ellos algo natural, no dogmático, y si se me permite recurrir al cliché, tolerante. Está relativamente exento de deformaciones políticas e ideológicas.

Vistos desde tal perspectiva, la inmensa mayoría de los indios están hechos desde siempre para un modo de vida democrático, por así decirlo. Hoy día, eso se hace evidente en las libres y francas discusiones que se dan entre el pueblo llano en los atestados compartimientos de los trenes y en las reuniones *pancha-yat*³ pueblerinas. En su cultura hay poco espacio para el dogmatismo, el autoritarismo o el monopolio, porque provienen de una cultura inclinada hacia la democracia. En realidad, la cultura política india (hindú) premoderna posee varios elementos democráticos que explican el buen funcionamiento de la democracia en la India moderna y, asimismo, el éxito de la India y el fracaso de Pakistán en el terreno de la democracia desde su independencia.

El más importante de esos elementos emana de la naturaleza ecuménica básica del hinduismo, concretamente de su orientación politeísta, que ofrece a los creyentes un amplio panteón de deidades de dónde elegir. Esa orientación espiritual no sólo ha reducido la ansiedad de los hindúes; lo más importante es que les ha dado una perspectiva liberal sobre la vida pública, abierta a opciones y libertades que son congruentes con la democracia. La idea de que son muchos los caminos que llevan a Dios está profundamente arraigada en la creencia religiosa hindú. Así, a finales del siglo pasado, cuando Swami Vivekananda dijo que las “diferentes religiones del mundo son diferentes caminos a Dios”, no sólo estaba expresando su punto de vista personal, sino resumiendo para el lector moderno las experiencias de siglos de antigüedad del pueblo indio con el hinduismo. Esa orientación espiritual liberal emana directamente del carácter del hinduismo, exento de dogmas, pluralista y capaz de ofrecer muchas opciones. En estos días de fundamentalismo, es difícil encontrar una herencia cultural con tal inclinación hacia la democracia.

Los puntos de vista filosóficos hindúes no están confinados a la esfera de los templos o en la mente de los sabios hindúes, sino que encuentran su expresión concreta en la naturaleza de la estructura política de la India premoderna, caracterizada por unidades políticas descentralizadas y autónomas gobernadas

³ Junta tradicional de los líderes de una aldea, actualmente parte de la democracia rural en la India.

por numerosos *maharajas*; no era un solo imperio centralizado y burocrático como la China, con su idea fácil de deslizarse al autoritarismo o al despotismo. Los estados de la India moderna equivalen aproximadamente a las más grandes de esas unidades basadas explícitamente en diferencias lingüísticas; y en conjunto, el Estado indio moderno funciona más como un sistema federal. Por lo tanto, el legado político indio no era el autoritarismo sino un sistema bastante democrático, y en la actualidad ha alcanzado su plenitud en una democracia madura y en funcionamiento. A pesar de que todo el sur de Asia estuvo sometido a los esfuerzos de construcción de las instituciones coloniales británicas, sólo las áreas culturales hindúes y budistas respondieron positivamente a dichos esfuerzos.

Con tales condiciones culturales y políticas, favorables a la evolución y al desarrollo democráticos, los intentos británicos de construcción de las instituciones democráticas rindieron sus frutos en la India. Hoy en día, la democracia india es robusta y vibrante, con una clase media fuerte y numerosa cuyas cifras equivalen al total de la población de Estados Unidos. Es una clase que resistió la penetración de la propaganda comunista soviética durante decenas de años. La India es una democracia parlamentaria alerta y activa, con una prensa abierta y vigorosa y un estado de derecho firmemente establecido, el cual es respetado a todo lo largo y ancho del país. Es sorprendente el hecho de que, a pesar de la religiosidad popular de la vida hindú, no se haya registrado teocracia alguna ni en el periodo antiguo ni en el moderno de su historia. El breve periodo del gobierno de “urgencia” de Indira Gandhi fue detestado y resistido y aún no se olvida; como si quisiera demostrar la supremacía de la democracia, perdió las siguientes elecciones. En la India no hay lugar para una dictadura.

A pesar de todo ello, a menudo se planteó la cuestión: “Después de Indira, ¿qué?”; así como se solía preguntar: “Después de Nehru, ¿qué?”. El hecho de que el electorado indio logre encontrar líderes capaces se debe sobre todo a la profundidad y riqueza de los recursos culturales de la India. En mi calidad de observador, considero que existen razones más importantes que los individuos para la unidad y supervivencia de conjunto de la India en cuanto Estado democrático arraigado profundamente en esa unidad de civilización hindú que todo lo abarca: la mayoría del 83 por ciento, que funciona para la democracia y

el desarrollo, y la institución democrática panindia, que mantiene al país sólidamente unido.

La “unidad de civilización” es un concepto que evade la cuestión, pero fue utilizado tanto por Mahatma Gandhi como por Tagore para describir el patrón y la diversidad de la civilización del pasado de la India en el marco de ese otro patrón que no concuerda con el claro paradigma occidental de nación-estado, definida a grandes rasgos como la unidad política congruente con la homogeneidad cultural. Veo cierta sabiduría en su cautela. Como la entiendo ahora, a pesar de la diversidad y el hilo comunicador a través de la diversidad intrahindú, la lógica interna de la unidad hindú reside en los siguientes factores interrelacionados: *a*) similitud de la perspectiva espiritual sobre la vida, el orden social y el universo, como lo define y expresa en su forma esencial la filosofía hindú en cuanto tal; *b*) similitud de la organización social (por ejemplo, las castas) y de las instituciones sociales (como el matrimonio); *c*) similitud del vestido (*dhotis* y *saríes*) y la dieta (por ejemplo, el énfasis en el vegetarianismo y las especias). No se trata en absoluto de una lista exhaustiva de factores comunes al pueblo llano sino de factores fundamentales comunes a los hindúes en casi toda la India; por ejemplo: la idea de la pareja que se esboza íntimamente en torno a un fuego sagrado presidido por un brahmín del templo es fundamental al matrimonio hindú, común igualmente a los *gadhís* de Himachal Pradesh, en el norte, y a los *coorgs* de Karnataka, en el sur.

La belleza de la civilización hindú reside en sus variantes culturales y regionales y en la gran pluralidad de deidades, representaciones o expresiones locales, lenguajes y dialectos. Realmente es difícil hacer destacar un solo patrón *hindi* estándar, con excepción de la región de habla *hindi*, desde el punto de vista de su fuerza numérica. Tal proliferación de variantes confunde y puede inducir a error al extranjero; pero la lógica fundamental de la formación de variantes es, en esencia, la extensión y continuación de ese mismo patrón de civilización hindú, *a*, *b* y *c* que todo lo abarca y el resumen que hago en mi libro *Culture and the Politics of Third World Nationalism* (*Cultura y la política del nacionalismo del Tercer Mundo*). La formación de variantes parece infinita, pero en realidad no lo es. Aunque el hinduismo permite que se le exprese y estructure en muchísimas variantes, la formación de variantes culturales y regionales

se detiene cuando la lógica y el espíritu del patrón de civilización hindú fundamental ya no se puede extender, de manera que las variantes no se encuentren dentro del patrón de civilización básico.

En la India, el norte y el sur están separados por una gran línea divisoria, como en otras grandes civilizaciones antiguas, pero a fin de cuentas lo que relaciona al sur “dravidiano” con el norte “indoario” parece ser la espiritualidad y filosofía de la vida, el orden social y el universo hindúes; ese es el hilo comunicador. Por ejemplo, existen varias diferencias básicas entre un *punjabí* y un *tamil*, como la raza, el lenguaje, la cultura local, etcétera; pero un examen más profundo de los contenidos de la literatura premoderna *tamil* o *punjabí*, en particular de los textos sagrados, revelaría una importante similitud que haría desaparecer otras diferencias: el contenido, el idioma y el formato de su libertador tradicional es el mismo o semejante, lo que debe ser considerado como una unidad espiritual y de civilización que vincula al sur dravidiano con el norte indoario.

De igual manera, al extranjero le parece que el sistema de castas crea mucha desunión, que es casi una falla de la sociedad hindú. El aspecto pertinente son las funciones de identificación de las castas como método de diferenciación interna entre las jerarquías hindúes que usualmente no afecta su abarcadora identidad cultural ni provoca ninguna revolución o conflicto políticos, a menos de que se desequilibrara todo el sistema social hindú, lo cual nunca ha ocurrido en la historia del país.

Lo que quiero decir con esto es que, al existir una amenaza exterior, como el conflicto sino-indio de 1962 o el conflicto *kargil* de 1999, la diferenciación de las castas parece disminuir, y aun las castas inferiores parecen unirse de buen grado a las castas superiores en su calidad de indios o hindúes, prontos y dispuestos a pelear por la causa común. Vistas desde esta perspectiva, incluso las luchas de los *dalit* parecen funcionar, antes que como revolución social, como “oposición leal” en el seno de la jerárquica estructura social hindú. Lo anterior no quiere decir que apruebe la subyugación psicológica y la explotación económica a las que están sometidas las castas inferiores de la jerarquía; más bien es para señalar que aun las castas inferiores comparten (antaaño voluntariamente y ahora subconscientemente) algunas de las características básicas y el sistema de valores religiosos de la sociedad hindú en la que están insertas.

En resumen, no veo que haya homogeneidad hindú alguna, porque el hinduismo y la sociedad hindú son demasiado complejos para ese tipo de ecuación simplista; sin embargo, descubro varios factores comunes o similitudes fundamentales interrelacionados de manera lógica, lo que genera un consenso funcional de tipo espiritual o civilizador. Para ser honestos, debemos admitir que sobre ese complejo edificio se construye la nación-estado hindú contemporánea. La sólida mayoría hindú, que constituye el 83 por ciento de la población total de la India, ha funcionado como factor de estabilización para la democracia y el desarrollo, así como de base social de la nación-estado hindú. Eso deja aproximadamente un 17 por ciento de grupos sociales que no son hindúes, del que los musulmanes indios constituyen el 13 por ciento, la segunda población musulmana más grande del mundo.

Aunque las minorías –como los musulmanes y los cristianos–, no comparten y podrían no compartir los valores religiosos y la organización social de la mayoría hindú, todos participan de la herencia democrática de la India moderna. Consecuentemente, la democracia provee el terreno común tanto para los hindúes como para los musulmanes, y debería unirlos en cuanto indios. Los intereses y derechos de las minorías están garantizados y protegidos por la constitución democrática, la cual estipula para ellas, al igual que para la mayoría hindú, una participación económica y política en el futuro de la India dentro de un marco legal, político y económico democrático y bastante representativo. Desde el punto de vista social, la mayoría hindú podría mostrar tendencias hacia el mayoritismo, pero el saludable sistema legal y las fuertes instituciones democráticas de la India frenan y regulan tales tendencias mucho más que en otros estados plurinacionales del Tercer Mundo.

En resumen, la democracia está tan firmemente establecida en la India que es ella la que une a los indios política e ideológicamente, a pesar de las diferencias culturales, como las religiones, las castas, las razas y los lenguajes que forman la Unión India de hoy. En realidad, la democracia es el denominador común de casi todos los indios, ya sean hindúes o musulmanes. Y, como hemos visto, la democracia evoca la fibra de la simpatía en la cultura hindú popular y en las estructuras políticas premodernas de la India.

Ahora bien, aunque ha sido democrática durante siglos y demócrata durante los últimos cincuenta años, la India raramente ha utilizado la democracia como un instrumento constructivo de las relaciones exteriores. En lugar de ello, en el pasado, en su política exterior han encontrado expresión varias ideologías utópicas, como el panasianismo, la no alineación y el antiimperialismo. Y sigue siendo una anomalía el que en los últimos cuarenta o cincuenta años las dos democracias más grandes del mundo no hayan cooperado hasta ahora por el bien común; pero el siglo *xxi* ofrece una excelente oportunidad para el concierto de las democracias, porque las exigencias de la guerra fría, que hacían necesarias las alianzas de Estados Unidos aun con dictaduras militares, prácticamente han desaparecido. Ahora que la guerra fría ha terminado, las democracias occidentales bien podrían darse el lujo de optar por las preferencias democráticas en su política exterior. Y, siendo la democracia más grande y antigua del Tercer Mundo, la India es muy apropiada para desempeñar un papel democrático en la política mundial. ❧